

# **LA GENERACIÓN EN CUESTIÓN**

LA «GENERACIÓN LITERARIA DEL 36» COMO DILEMA

**COLECCIÓN**  
***BIBLIOTECA DE HUMANIDADES SALMANTICENSIS 46***  
**SERIE *HUMANIDADES***

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHIEF

*José Luis Fuertes Herreros*. Universidad de Salamanca. España

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

*Juan Arana*. Universidad de Sevilla, España

*Enrique Bonete*. Universidad de Salamanca, España

*Antonio Campillo*, Universidad de Murcia, España

*José Luis Cantón*, Universidad de Córdoba, España

*Mário Santiago de Carvalho*, Universidade de Coimbra, Portugal

*Florencio-Javier García Mogollón*, Universidad de Extremadura, España

*José María Maestre Maestre*. Universidad de Cádiz, España

*José F. Meirinhos*, Universidade do Porto, Porto

*Luis Merino Jerez*. Universidad de Extremadura, España

*Juan Antonio Nicolás*, Universidad de Granada, España

*Javier Peña*, Universidad de Valladolid, España

*Rafael Ramón Guerrero*, Universidad Complutense de Madrid, España

*Luis Enrique Rodríguez-San Pedro*, Universidad de Salamanca, España

*Salvi Turró i Tomás*, Universitat de Barcelona, España

ANTONIO RIVERO MACHINA

**LA GENERACIÓN EN CUESTIÓN**

LA «GENERACIÓN LITERARIA DEL 36» COMO DILEMA

EDITORIAL SINDÉRESIS  
2023

1ª edición, enero 2023

© Antonio Rivero Machina

© 2023, editorial Sínderesis  
Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid, España  
Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal  
info@editorialsinderesis.com  
www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-19199-65-2

Depósito legal: M-8137-2023

Produce: Óscar Alba Ramos

Foto portada: Antonio Rivero Machina

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

## ÍNDICE

PRÓLOGO, POR ÁNGEL L. PRIETO DE PAULA .....	7
1. LA GENERACIÓN CUESTIONADA.....	11
2. AUGE Y CAÍDA DEL MÉTODO GENERACIONAL .....	17
2.1. El auge. Apogeo práctico y teórico de las generaciones literarias.....	23
2.2. La caída. La incómoda fecha de 1936 y el descrédito de un modelo.....	57
3. EL TREINTAYSÉIS COMO ACONTECIMIENTO LITERARIO..	117
3.1. El Treintayséis hasta 1936 .....	127
3.2. El Treintayséis después de 1936 .....	174
4. EL PARADIGMA INTERGENERACIONAL .....	225
4.1. El modelo híbrido de las generaciones de posguerra .....	227
4.2. Lectura sincrónica de las generaciones en posguerra .....	252
5. DEL TREINTAYSÉIS Y LA POSGUERRA .....	285
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....	291



## PRÓLOGO

En algún momento de mi labor académica topé con una tesis doctoral escrita por Antonio Rivero Machina bajo la tutela del profesor Bernal Salgado. Un director ideal de tesis debiera guiar al doctorando para impedirle que desbarre; pero, si no se diera ello, lo deseable es que moleste poco y renuncie a proporcionar ayudas ocasionales que se convierten en una rémora a la que debe el autor atender. Ignoro cuál fue la participación del director de aquella tesis, pero, por la meticulosidad y el orden de su resultado, supuse que realmente ejerció de director.

Fuera como fuere, aquel trabajo respondía a un criterio firme y, lejos de ser un fruto en agraz, estaba bien sazonado, algo que solo cabe atribuir a quien piensa articuladamente y dispone de los datos requeridos. El autor no parecía el insipiente que pretende redimirse o justificarse con una ristra ingobernable de notas de sabiduría prestada, pues braceaba con holgura y con soltura en esas procelas en las que es tan fácil ahogarse.

Me agradó en especial que su apelación a las autoridades en poesía de posguerra, a la que dedicó su trabajo doctoral, respetaba la tradición historiográfica y crítica pero sin renunciar a la voz propia: equidistante, en fin, entre el petulante que cree estar inventándose la historia de la literatura y el prosélito que se limita vicariamente a resumir lo que dijeron otros, asintiendo ante todo ello (incluso cuando entre los invocados haya juicios enfrentados que no pueden ser asumidos en bloque, por aquello de que, por respetuoso que se sea, no cabe apoyar a un tiempo a los tirios y a los troyanos). Rivero Machina adoptaba una actitud receptora y deferente, pero no seguidista y acrítica, lo que constituye el auténtico homenaje a los maestros, a quienes hay que seguir y de quienes hay que saber (y atreverse a) separarse cuando llega el momento. Y a ningún maestro de verdad le disgustará esto, sino al contrario.

El libro que prologan estas palabras procede de aquella tesis, aunque no es sino una de sus secciones. Se ocupa Rivero Machina en él de la generación del 36, a la que solemos referirnos anteponiéndole eso de “la llamada” (vale

asimismo para la generación del 27, del 14, del 98...), situándonos a cobijo antes de que nos acusen de algo o, quizá mejor, transfiriendo a otros el error, si lo es, sin renunciar al acierto, si lo hubiere.

El autor expone la formación teórica del concepto de generación literaria, en una parte de su trabajo más recopilatoria que analítica, antes de aplicarlo a los autores del 36, menos identificables grupalmente que los de otras generaciones. Razones de lo último hay varias, pero la más inmediata es la extrañeza que produce ver alineados a los vencedores de la guerra, que organizaron la cultura del nuevo Estado o marcharon a la División Azul, junto a los derrotados que sufrieron la represión, hubieron de exiliarse o dieron con sus huesos en las cárceles del franquismo. Del empeño resultaba difícil salir sin dejarse demasiados pelos en la gatera.

Aunque no todos lo enuncien así, el concepto de generación literaria asoma como un antipático “artilugio hegeliano”, en palabras de José María Valverde, que allana la singularidad del individuo para que represente mejor los valores de su tiempo histórico. Si esto resulta difícil de aceptar para aquellos artistas que entienden su actividad como emanación espiritual que se evade de lo rebañego o adocenado, más aún lo es para los poetas, entre quienes cunde la idea de que la poesía está por encima no solo de artes utilitarias como la arquitectura, sino incluso de la propia literatura, a la que consideran otra cosa. Para estos, la poesía no guarda observancia a las pautas de la *norma literaria*, que estudió el profesor Juan Carlos Rodríguez, como si no estuviera concernida por el medio (y contra la evidencia de que, casi sin excepción, un autor egregio incluido en el *Viaje del Parnaso* cervantino se asemeja más a otro anodino recogido en la misma obra que a cualquier poeta del siglo XVIII). Una incomodidad más difusa, en lo tocante a las generaciones literarias, dimana de que se trata de un constructo taxonómico ampliamente desprestigiado en los tiempos postestructuralistas, del que ni siquiera vale la pena disentir, precisamente porque casi no hay quien lo defienda (“a moro muerto, gran lanzada”).

*Y, sin embargo, se mueve*; quiero decir que las generaciones existen como el Dios del ateo en el argumento ontológico de Anselmo de Canterbury, pues constituyen una ideación que exige ser formulada hasta para negarla. La historia literaria recurre a las generaciones a efectos clasificatorios y docentes,



aunque suele protegerse de los impugnadores mediante los usuales mecanismos de sustitución, reemplazando el término problemático por los más inespecíficos y menos comprometedores de “grupo” o “promoción”. Muestra anecdótica de esta actitud de estar y no estar es la de García Hortelano, quien, en su antología *El grupo poético de los años 50*, negaba tajante en el prólogo lo que afirmaba en el título: “Este grupo poético de los años 50 nunca ha existido”.

Hablar de los del 36 como generación implica, por lo demás, establecer sus relaciones con la primera generación de posguerra, cuestión a la que, con su habitual precisión quirúrgica, se refirió Guillermo Carnero en una intervención congresual que finalmente encontró acomodo en *Las armas abisinias* (1989). Y ello por no adentrarnos en el desagrado que a muchos protagonistas les provocaba la vinculación del rótulo generacional con la guerra en la que estuvieron involucrados; pues 1936 remite al recuerdo bélico mucho más que al primer centenario del nacimiento de Bécquer o que al cuarto de la muerte de Garcilaso, cuyo paradigma clasicista había comenzado a imponerse antes de la guerra —así en Miguel Hernández como en Luis Rosales— y, tras ella, cobraría pujanza en un proceso de apropiación simbólica por parte de los poetas asimilados al franquismo. A esta identificación, más que a motivos de índole estética, pudiera deberse la propuesta de otras denominaciones, como “generación de la República” o “de 1935” —tercer centenario de la muerte de Lope y fecha de edición de los primeros libros relevantes—.

Cuando emerge un grupo de autores con determinados rasgos de comunidad estética, y lo hace en un tiempo marcado por acontecimientos tales que no pueden sino mediatizar las manifestaciones de la cultura, se produce una reconsideración retrospectiva de la historia literaria. Quienes se incorporan repiensen, a la luz del presente, la tradición, sobre todo la más próxima e incidente sobre ellos, reivindicando figuras que languidecían en sus anaqueles y también al contrario, toda vez que, en el arte, cada quien elige a los padres de los que quiere proceder. De este modo se explica que el estudio de Rivero Machina, aunque atenido a un nudo histórico y cultural muy concreto, abra el objetivo para iluminar a otros autores y tramos de esa tradición eslabonada.

Todo ello lo aborda el autor con sensatez y bien pertrechado de información, en cuyo maremagno resultaría fácil perderse si no supiera cuáles son las

vigas maestras de la época de que se ocupa. Así que sí: Rivero Machina sale del empeño sin dejarse los pelos en la gatera, por más que sus propuestas no sean irrefutables e inviten a un debate sin dogmas de partida. Y nosotros acabamos la lectura con la sensación de que disponemos de una aguja de marear que nos permite orientarnos mejor en las borrascas de un tiempo apasionado y apasionante, en el que se estaban dirimiendo el curso y las derivas de la historia contemporánea.

Ángel L. Prieto de Paula

# 1. LA GENERACIÓN CUESTIONADA

Por su carácter discutido, su naturaleza poliédrica y su posición axial dentro del desarrollo de la literatura española del siglo XX, pocas construcciones críticas resultan hoy tan intrigantes como la llamada «Generación literaria del 36». Quisiéramos por ello, en las páginas que siguen, tratar de acotar con la mayor precisión posible qué se ha entendido y qué se puede entender hoy por «Generación de 1936», al menos en su aplicación al ámbito de las letras. Solo con este doble interrogante ya tendremos tarea suficiente por delante. Una tarea, entendemos, no solo vasta sino pertinente a la hora de acometer cualquier otro tipo de exégesis en clave generacional –e incluso contra dicha clave o siquiera al margen de ella– de tan solo uno de sus miembros o de alguna de sus obras. Queremos decir con esto que a menudo se acostumbra a aducir argumentos, elementos o referencias parciales –a veces con mentar a Petersen algunos ya se dan por cubiertos– para incluir o excluir a este o aquel poeta dentro de la susodicha generación. Un fenómeno común a otras marcas generacionales como el Noventayocho o el Veintisiete, cierto, pero que en el caso del Treintayséis adquiere la fuerza de la costumbre. No en vano, lo que este ensayo quiere ofrecer es, precisamente, un análisis de la propia «Generación literaria del 36» como dilema.

El libro que aquí presentamos, es, por lo tanto, un libro volcado en las polémicas literarias suscitadas en torno a una generación tan cuestionada que su cuestionamiento nos ayuda a comprender, mejor que ninguna otra de nuestra historiografía literaria, el desarrollo, auge y caída del método generacional como patrón de ordenamiento de la literatura contemporánea. Porque, si fue el Noventayocho el marbete que ayudó a forjar la noción generacional como modelo de ordenamiento de nuestras bellas letras en la primera mitad del siglo XX, el Treintayséis explica el inicio de la disolución de dicho modelo en su segunda mitad.

Semejante tarea requiere, desde luego, una generosa dosis de sistematicidad y exhaustividad. Haremos tan solo lo que nos sea posible, que es lo que queda a nuestro alcance. Porque siempre conviene definir muy bien nuestro

objeto de estudio antes de poder lanzar nuevas consideraciones a la pila de juicios críticos que nos precedieron. De lo contrario, corremos el riesgo de convertirnos en el eco del remedo de otro eco. Trataremos pues de ser exhaustivos –tal vez incluso prolijos– en nuestro repaso por los testimonios que fueron definiendo y gestando nuestro doble objeto de estudio: la generación literaria del 36 y el propio método generacional como patrón referencial –y autorreferencial– en la historia literaria española. Creemos así firmemente en la necesidad de este modo de proceder que ya nos caracteriza, dando el protagonismo y espacio necesarios a los materiales empleados en nuestras reflexiones, dejando que el lector conozca en todo momento quién es responsable de qué consideraciones. Solo de esta manera aquello que al cabo podamos sumar a lo ya dicho será, efectivamente, enteramente nuestro. Desde este enfoque –que por dar alguna coordenada teórica bien podemos situar en los dominios de la estética de la recepción y la metacrítica–, el lector avisado observará que junto al sistema de citación sintético hoy al uso hemos desarrollado voluntariamente la referencia bibliográfica completa en aquellos testimonios citados por extenso. Con ello pretendemos, de manera muy consciente, hacer bien visible la cronología y también la topología –pensemos, por ejemplo, en la importancia de que un juicio se formulara desde el interior o desde el exilio– de los testimonios críticos analizados. Dispéñenos el lector, en consecuencia, de esta premeditada incongruencia en el sistema de citación.

Dichas estas salvedades, y hechas estas sinceras disculpas, quisiéramos aún aclarar, antes de dar comienzo a nuestro libro, cuál será nuestra estrategia para trazar la ruta que nos lleve a una cabal comprensión de la construcción teórica realizada a lo largo de estas décadas sobre la «Generación literaria del 36» entre la maraña de juicios, nóminas, consideraciones y apostillas que la han ido acompañando a lo largo de sus ya casi ochenta años de existencia.

Si el lector observa el índice, verá tres grandes epígrafes en él. El primero de ellos, titulado «Auge y caída del método generacional», aborda un repaso que quiere ser sistemático tanto de la gestación, hegemonía y cuestionamiento del método generacional en la crítica literaria española como de su aplicación a los distintos constructos generacionales surgidos de él: la «Generación del 98» –referencia inexcusable tanto en la formulación del método como en la definición de ulteriores generaciones–, la «Generación del 14», la «del 27» y

la «del 36», junto a otras no tan relevantes en el ámbito literario como la «Generación del 48». Un somero repaso por sus lugares críticos de gestación, sus réplicas y contrarréplicas y el hecho de que todas estas marcas generacionales se configuraran de manera definitiva precisamente en un lapso de veinte años —entre 1933 y 1953— nos ayudará a contextualizar mejor qué podemos entender, al fin y a la postre, por «Generación literaria del 36». Dicho de otro modo, una rápida comparativa entre la tan discutida «Generación del 36» y otras marcas generacionales menos cuestionadas nos ayudará a comprender que, en el fondo, aquella presenta los mismos impedimentos y oportunidades que acompañan a estas. No obstante, no deja de ser cierto que ninguna de las anteriores marcas generacionales han conocido tan variadas y a menudo contrapuestas formulaciones como la que protagoniza este libro. Por ello, hemos pretendido remontarnos a los orígenes de la larga gestación del Treintayséis como generación literaria. Sin duda, convenía poner en orden cronológico, y también ideológico, formulaciones de la «Generación de 1936» tan dispares como las propuestas por Pedro de Lorenzo y Álvaro d'Ors, Homero Serís y Herrera Petere, o Dionisio Ridruejo y Ricardo Gullón. Solo comprendiendo bien la distancia que media entre todas estas propuestas podremos considerar correctamente aproximaciones posteriores como los conocidos acercamientos a la cuestión, ya en los sesenta, de revistas especializadas como *Ínsula* y la norteamericana *Symposium*.

Pues bien, contextualizada primero —dentro del más amplio fenómeno del método generacional— y acotada después —desde sus primeras formulaciones a su definitiva configuración por Gullón en los cincuenta— la tan discutida «Generación literaria del 36», podremos al fin detenernos con conocimiento de causa suficiente en los dos grandes frentes de cuestionamiento a que se ha visto abocada casi desde su nacimiento la idea de un Treintayséis literario. Por un lado, analizaremos la negación de dicha generación en sí misma; esto es, de la relevancia propiamente literaria del año de 1936. A dicho dilema se dedica el segundo bloque de este ensayo. Por otro lado, estudiaremos la negación no ya de esta generación en concreto sino —y como cogidas de la mano una y otra negación— la negación del propio método generacional. A dicha polémica se consagra el tercer y último apartado del libro. Al hilo de lo uno y de lo otro, de la relevancia netamente literaria de 1936 y de la viabilidad o no del propio método generacional a la hora de entender el periodo estudiado,

deslizaremos al fin nuestras propias consideraciones, las cuales quisieran ser, en lo posible, útiles.

Tales propuestas se desarrollarán, en consecuencia, en la segunda parte de este volumen, en los epígrafes titulados «El Treintayséis como acontecimiento literario» y «El paradigma intergeneracional» respectivamente. Propondremos allí respuestas propias a las dos grandes cuestiones que nos ocupan: ¿qué dimensión literaria debemos otorgarle al infausto año de 1936? y ¿qué hacer con el irredento cadáver del método generacional, tan avanzado ya el siglo XXI? Ambas serían respondidas, según creemos, por un nuevo paradigma hermenéutico: el paradigma intergeneracional. Desde lo intergeneracional, al cabo, concebiremos una formulación transversal para la tan ruidosamente proclamada «rehumanización» de nuestras letras en torno a las figuras de Garcilaso de la Vega y Gustavo Adolfo Bécquer. En torno, pues, al año de 1936. Una reformulación en la que, como veremos, las firmas de Luis Cernuda, Dámaso Alonso o Manuel Altolaguirre trabajaron en colaboración con autores más jóvenes como Luis Felipe Vivanco, Arturo Serrano Plaja o José Herrera Petere. Una reformulación igualmente asumida y desarrollada por firmas que surgirán en la posguerra, como José García Nieto, Victoriano Crémer, Blas de Otero o Ángela Figuera.

Con esta construcción intergeneracional y transversal de un Treintayséis estrictamente literario –no reñido con su infausta y paradójica relación con los acontecimientos históricos colmados y desencadenados en 1936–, pretendemos, asimismo, un objetivo más ambicioso y, por ello, más desdibujado: integrar el obsoleto método de las generaciones a nuestra labor como investigadores del siglo XXI. Resulta evidente que hoy en día no podemos obviar los enormes desajustes del patrón generacional, en ocasiones tan tramposo como falaz. No menos evidente resulta, sin embargo, el hecho de que cualquier acercamiento al ámbito literario del siglo XX ha de pasar, inevitablemente, por hacerse cargo de una manera de entender el quehacer creativo –la perspectiva generacional– que organizó y condicionó a una amplia mayoría de nuestros autores.

Vayan pues nuestras páginas adelante. Pedimos la benevolencia del lector avisado tanto como la curiosidad del neófito. No apelamos para ello a la cues-

tionable autoridad de nuestras afirmaciones. Sí esgrimimos, en cambio, la innegable cantidad y elocuencia de los testimonios críticos que granarán y conducirán nuestro recorrido por dilemas tan cuestionados y medulares en nuestra literatura del siglo XX como lo fueron el método generacional y el trauma nacional de nuestra incivil guerra y nuestra sufrida posguerra.





## 2. AUGE Y CAÍDA DEL MÉTODO GENERACIONAL

La raíz positivista del método generacional como patrón de análisis para la historia cultural de una comunidad sociológica dada es evidente. Su positivismo reluce, en último término, en su concepción lineal, acumulativa y, en definitiva, progresiva de la historia humana. Una tendencia al progreso que tiene en la suma de unas generaciones biológicas sucesivas, las cuáles contribuirían siempre a un mismo y unívoco desarrollo material o tecnológico, su razón de ser. Fue desde luego este enfoque decimonónico, sobre otros precedentes, el que prevaleció en las lecturas generacionales del siglo XX. No en vano, el propio Auguste Comte fue quien dotó al esquema generacional de su formulación explícitamente biológica –frente al enfoque dialéctico de Hegel– hacia 1839.

En principio, no hay que ocultar que nuestro proceso social se apoya, esencialmente, en la muerte; es decir, que los sucesivos pasos de la Humanidad suponen, necesariamente, la continua renovación, suficientemente rápida, de los agentes del movimiento general, que, poco perceptible habitualmente en el curso de cada vida individual, no se hace verdaderamente pronunciado sino al pasar de una generación a la que sigue (Auguste Comte, *Curso de filosofía positiva*, 1839, vol. IV, lección 51).

Tomando así como punto de partida las sugerentes aportaciones al tema a lo largo del XIX del propio Comte, de Stuart Mill, Ranke o Dilthey, entre otros, una serie de autores fueron aplicando el esquema generacional a las distintas disciplinas historiográficas durante la primera mitad del XX: así Pinder, Lorenz o Ferrari en la historia del arte; Mannheim, Einsenstadt y Mentré en la sociología; o Kummer, Peyre y Petersen a la propia historia de la literatura. España, a su vez, aportó cuatro grandes teóricos del enfoque generacional como sistema histórico en este tiempo: José Ortega y Gasset, Pedro Laín Entralgo, Francisco Ayala y Julián Marías.

Fue la aplicación del método generacional a la historia literaria realizada por Julius Petersen en *Die literarischen Generationen* (Berlín, Junker und

Dünnhaupt, 1930) –traducido al español en el volumen misceláneo *Filosofía de la ciencia literaria* (México, Fondo de Cultura Económica, 1946)—<sup>1</sup> una de las más determinantes para nuestro ámbito de estudio. No en vano, la implantación del método generacional en la historia de la literatura será ostensiblemente más profunda que en cualquier otra disciplina historiográfica. Las reflexiones de Petersen abundaban en el determinismo del modelo generacional, heredándolo del romanticismo alemán y del positivismo europeo, si bien matizándolo en profundidad. La gran discrepancia de Petersen con sus predecesores radicó en su relativización de la mera duración de la vida humana – marcada por la arbitrariedad de sus años de nacimiento y defunción, inevitablemente— como medida para regular el tiempo histórico. Para ajustarlo, enriquecía el modelo generacional como método estrictamente histórico –y no meramente biológico— introduciendo una formulación de hasta ocho factores que tendría incontables resonancias en nuestro país: herencia común, fechas de nacimiento próximas, mismos criterios educativos, relación personal, experiencias generacionales comunes, caudillaje de una figura prominente, lenguaje generacional propio y agotamiento de la generación anterior. El concepto de generación dejaba así de ligarse simplemente a la sola inclusión en un intervalo de fechas de nacimiento para basarse en una misma continuidad de destino a través de la vivencia de unas experiencias vitales comunes; algo que se irá definiendo, a partir de entonces, en la necesidad de encontrar un «hecho generacional» común. No siempre coincidentes, pese a todo, tanto Petersen en su aplicación a la literatura como Pinder a la historia del arte – este con mayor fe en el determinismo biológico que su compatriota— influyeron y dialogaron directamente con la larga gestación de la fórmula orteguiana del método generacional en nuestro país (Martínez de Codes, 1982: 62-65).

En España, ciertamente, la teoría de las generaciones, en plena configuración por aquellos años, queda indisolublemente ligada a la primera de sus grandes construcciones críticas: el Noventayocho.<sup>2</sup> Tanto, que la definición de la propia «Generación del 98» servirá en nuestro país como laboratorio de

---

<sup>1</sup> El trabajo de Petersen había sido recogido en el mismo año de 1930 en el volumen de Emil Erma-tinger *Philosophie der literaturwissenschaft* (Berlín, Junker und Dünnhaupt, 1930).

<sup>2</sup> La denominada «Generación de 1868», de escasa implantación, fue acuñada mucho más tarde, en ensayos como el de Alberto Jiménez Fraud *Juan Valera y la generación de 1868* (Oxford, Dolphin Books, 1956) y artículos como el de Juan Ignacio Ferreras «La generación del 68» (*Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 83, 1970, págs. 549-561).

ensayo para la convalidación del método generacional en sí mismo (Fox, 1992). En este sentido, la gestación de la marca Noventayocho como signo generacional fue lenta y progresiva, pero pertinaz. Una acuñación que reveló desde el primer momento la «voluntad generacional» de un sector determinante de sus integrantes –voluntad que veremos también en sucesivas marcas generacionales–, algo que ya dejó patente José Martínez Ruiz ‘Azorín’ en su artículo «Somos iconoclastas» publicado en enero de 1904 en *Alma Española* (nº 10, págs. 15-16) y sobre lo que insistió, un año más tarde en un artículo publicado en *ABC* y dedicado a los hermanos Maeztu, con una evocación genealógica más que sugerente. No obstante, la simple oposición entre «viejos y nuevos», que más tarde discutiría el propio Azorín, quedaba aún difusamente definida. Se hacía necesaria, por ello, y como formularía unos años después Petersen, la elección de un «hecho generacional» sobre el que agrupar y simbolizar el recambio biológico que Azorín, entre otros, venía proclamando. Martínez Ruiz anduvo así titubeando en torno a una «Generación de 1896» –de la que habló en el artículo «Dos generaciones» publicado en el *ABC* del 19 de mayo de 1910 (págs. 6-7)– y una «Generación de 1897» –tal como la denomina en «Generaciones de escritores» (*ABC*, 28/06/1912, pág. 9)–. El primero de dichos artículos resulta sumamente curioso por cuanto Azorín no solo perfila su propia generación con tan solo quince años de perspectiva sino que, mediando los mencionados quince años, dicha generación, en 1910, ya no sería «la más joven» sino que entraba en pugna con la nueva promoción emergente de novelistas eróticos –tales como Zamacois, Insúa o Hernández Catá– muy alejados de su beneplácito. El método generacional del positivismo centroeuropeo, sin duda, estaba arraigando con fuerza en nuestro ámbito literario.

Allá por 1896 vinieron de provincias á Madrid algunos muchachos con ambiciones literarias y se reunieron aquí con otros que comenzaban á escribir. Todos formaron un grupo que pronto comenzó á destacarse en periodiquitos y revistas de escasa circulación. (...) A la generación literaria que se inició en 1896 ha seguido otra. Una nueva legión de jóvenes ha comenzado á publicar libros y artículos. (...) Existe una nueva generación de escritores jóvenes; existirá otra dentro de quince años (Azorín, «Dos generaciones», en *ABC*, 19 de mayo de 1910, pág. 6).

En el segundo de ellos Azorín desarrolla la misma idea de sucesión generacional al tiempo que, pese a hablar de una «Generación de 1897», apunta ya hacia la sombra del «Desastre» como hecho generacional definitivo entre los de su promoción.

La generación de 1897 se ha iniciado a la vida intelectual teniendo ante su vista un espectáculo tremendo: el del Desastre. El Desastre significaba la quiebra ruidosa, clamorosa de multitud de ideas y sentimientos hasta aquel momento válidos, prestigiosos. (...) El Desastre fué una terrible lección; condensa en sí este hecho la incuria y la corrupción de algunos siglos. (...) Nació á la vida intelectual la generación de 1897 teniendo ante su vista el espectáculo del Desastre (Azorín, «Generaciones de escritores», en *ABC*, 28 de junio de 1912, pág. 9).

No en vano, poco a poco empezaba a espigarse la conocida y funesta fecha del desastre militar español en Cuba y Filipinas como la referencia generacional más válida. Gabriel Maura ya supo vislumbrarlo en 1908 en un artículo publicado en el diario conservador *Faro* al hilo del ideario liberal del propio Ortega y Gasset, cuando presentaba al ensayista madrileño con estas palabras:

Es el Sr. Ortega y Gasset uno de los más valiosos representantes de la generación que ahora llega: generación nacida intelectualmente á raíz del desastre, patriota sin patriotería, optimista, pero no cándida, porque las lecciones de la adversidad moderaron en ella las posibles exaltaciones de la fe juvenil (Gabriel Maura, «La reforma conservadora», en *Faro*, 1 de marzo de 1908, pág. 1).

Poco después de las palabras de Maura, Andrés González Blanco señalaba a Azorín y Baroja como los mejores representantes de una nueva «Generación del desastre» en su *Historia de la novela de España desde el Romanticismo hasta nuestros días* (Madrid, Hermanos Sáenz de Jubera, 1909). En diciembre de 1910, en el Ateneo madrileño, Ramiro de Maeztu, a su vez, afirmaba en su conferencia *La revolución y los intelectuales* (Madrid, Bernardo Rodríguez, 1911) que para entonces ya «se había trazado en la Historia una línea ideal que separaba los hombres anteriores á 1898 de los que hemos venido después» (pág. 34). No obstante, fueron las palabras del propio Ortega y Gasset las que dieron cinco años más tarde el pistoletazo de salida a las definitivas –y rapidísimas– configuración y consolidación del marbete, consumadas aquel mismo año de 1913. Así sucedió con su artículo publicado en

*El Imparcial* entre el 8 y el 9 de febrero, cuyo encabezamiento no podría ser más rotundo:

Los que llegan ahora á la mitad en el camino de la vida sólo habían vivido una fecha histórica: 1898. Coincidió con su iniciación en la mocedad. Vino justo á la hora en que una generación se enfrentaba por vez primera con la realidad y le hacía sus primeras demandas. 1898 fué la contestación recibida. 1898 era el aniquilamiento subitáneo de la historia de España (José Ortega y Gasset, «Competencia I», en *El Imparcial*, 8 de febrero de 1913, pág. 1).

Solo un día más tarde saldría en *ABC* la primera enunciación suficientemente explícita y programática de «La generación de 1898». Con dicho título y en cuatro entregas –en el *ABC* del 10, 13, 15 y 18 de febrero, respectivamente– salía de las manos de Azorín, que al fin había dado con el marbete deseado, una formulación exacta de los antecedentes –Echegaray, Campoamor y Galdós, reivindicados en las dos primeras entregas–, la nómina –Valle, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu y Rubén Darío, citados en la cuarta entrega– y, finalmente, el ansiado «hecho generacional» que tanto venía buscando para sí mismo: la pérdida de las penúltimas colonias –las últimas heredadas del antiguo imperio hispánico– del país.

Tal espectáculo fué el que presenció la generación de 1898 al advenir al arte y á la literatura. La gran corriente ideológica de 1870 á 1898, representada principalmente por Echegaray, Campoamor y Galdós, concluye lógicamente –avivada por el Desastre– á la crítica social, ahora más aguda que antes, que florece desde 1898 hasta algunos años después. (...) Cuando hayáis considerado tal hecho histórico, comprenderéis de qué manera ha podido moldearse la mentalidad de la generación de 1898 (Azorín, «La generación de 1898», en *ABC*, 15 de febrero de 1913, pág. 6).

Fue esta una definición cerrada y explícita de su propia generación que, bien por seguida bien por contestada, tuvo un incuestionable éxito que se prolonga hasta nuestros días. Azorín construía así para la crítica posterior una trascendencia del «Desastre» en el imaginario colectivo nacional, para muchos exagerada, que, desde muy pronto, fue discutida incluso por algunos de los integrantes de la definitivamente bautizada promoción. Así lo hizo desde muy pronto Pío Baroja, quien en la conferencia «Tres generaciones» editada en el volumen *Entretamientos* (Madrid, Caro Raggio, 1926), negó la importancia de la guerra en Cuba como hecho generacional y dibujó, en base al año

de nacimiento –prefiriendo así el modelo biológico frente al histórico–, las generaciones sucesivas de 1840, 1870 y 1900. Sobre este patrón insistirá años más tarde Baroja en sus memorias, publicadas en plena posguerra bajo el título colectivo *Desde la última vuelta del camino* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1944). A vueltas con su oposición al marbete azoriniano, Baroja comentaba:

he intentado, si no definir, caracterizar lo que era esta generación nuestra, que se llamó de 1898, y que yo creo que podía denominarse, por la fecha de nacimiento de la mayoría de los que la formaban, de 1870, y por su época de iniciación en la literatura ante el público de 1900 (Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1944).

Aquella polémica sobre la trascendencia moral del año 1898, aquel afán de autodefinition generacional, fue a la postre el caldo de cultivo para la teorización misma del método generacional en nuestro país. Y lo seguiría siendo, como veremos más adelante, durante los años treinta y cuarenta.

De la cuestión generacional –que salió también a relucir en determinados pasajes de su conferencia *Vieja y nueva política* de 1914– trató por fin de manera más detenida y teórica Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* (Madrid, Calpe, 1923). Allí el ensayista madrileño se ocupaba de un asunto que será clave para su pensamiento filosófico: hallar el motor de la historia humana como sistema de pensamiento. Por aquellas fechas, sin embargo, todavía se escuchan los ecos de aquel Ortega de juventud que tan preocupado se mostraba por la sempiterna pugna entre lo viejo y lo nuevo, pugna que ahora combina con el modelo positivista de la sucesión generacional.

Ha habido generaciones que sintieron una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio. Entonces se vive en épocas acumulativas. Otras veces han sentido una profunda heterogeneidad entre ambos elementos, y sobrevinieron épocas eliminatorias y polémicas, generaciones de combate. En las primeras, los nuevos jóvenes, solidarizados con los viejos, se supeditan a ellos: en la política, en la ciencia, en las artes siguen dirigiendo los ancianos. Son tiempos de viejos. En las segundas, como no se trata de conservar y acumular, sino de arrumbar y sustituir, los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva (José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Calpe, 1923).